

Señores F. G. Cossens y C.^a

Cosecheros, extractores y almacenistas de vinos.

JEREZ DE LA FRONTERA

Tratándose de Andalucía y pretendiendo tributar un elogio á la industria que florece en esta región, tenemos forzosamente que hablar de los célebres vinos jerezanos, siquiera sea en agradecimiento de que esos vinos, que alguien llamó legítimamente, néctar de los dioses, han llevado el nombre de España con aplauso hasta los más apartados confines del mundo. El vino jerezano es el vino de los grandes festines, el que se sirve con orgullo en las mesas de todos los potentados, sean banqueros ó títulos, príncipes ó reyes.

Muchas son las casas extractoras de Jerez cuya marca goza en el mercado envidiable crédito por la bondad de sus caldos; pero entre las primeras se encuentra la que sirve de encabezamiento á estas líneas. Así, pues, no podemos substraernos al deseo justificadísimo de ocuparnos de ella, aunque no sea con la extensión y prolijidad en el detalle que dicha casa merece.

La bodega central de los señores Cossens y Compañía, se alza en la calle de Santo Domingo, y allí es admirada por cuantos visitan Jerez y en la población andaluza sus más famosas casas extractoras de vinos. La que nos ocupa fué fundada hace medio siglo, maravillando á los inteligentes los progresos operados en ese plazo de tiempo, de labor incesante y continuo luchar.

Para describir la casa haría falta pluma más brillante que la nuestra. Así, pues, renunciamos á tal empeño por conceptuarnos impotentes para acometerlo. Baste con decir que allí todo es magnífico, que llega al límite de la esplendidez.

El gerente actual lo es D. Francisco Ivisón, por dejación definitiva del que sigue siendo socio principal, D. José, que en su hijo ha encontrado digno sucesor á sus envidiables dotes. No cabe, por tanto, duda que esta respetable Sociedad tiene importancia, fama y buen nombre.

Paco Ivisón, como cariñosamente le llaman sus amigos, es de aristocrática y linajuda extrirpe, cualidades que no le prohíben para que su carácter sea jovial y franco. De ahí que sea por todos querido y respetado, grandes y pequeños, pobres y ricos. Talento clarísimo é inteligencia privilegiada, es una verdadera notabilidad en las ciencias químicas. Su laboratorio es una verdadera maravilla, conceptuándole los inteligentes como uno de los mejores que en España existen.

El principal comercio de esta casa lo sostiene con Inglaterra; de allí le hacen pedidos fabulosos.

En sus bodegas tiene encerradas la casa de los señores F. G. Cossens y Compañía, unas ocho mil botas, y posee además el magnífico soleraje de don Vicente Cortés, que se aproxima á dos siglos de existencia.

Y escrito lo anterior ¿qué elogio nos resta hacer? Ninguno. El elogio de esta casa extractora se hace escribiendo el nombre de la misma. Es una marca que ha pasado todas las fronteras para honra de la industria vinícola jerezana.

F. R.

LA DISCIPLINA

BOCETO DE COSTUMBRES MILITARES

I

El capitán general de Castilla la Nueva, comandante en jefe del primer cuerpo de ejército, va á pasar revista, cuartel por cuartel, á todas las tropas de su mando.

Comunicada la noticia en la orden del día, y leída con la solemnidad acostumbrada al regimiento de ****, los soldados tiemblan. Saben lo que es una revista, y presienten, por lo tanto, una serie de disgustos. Los capitanes, prevenidos por el coronel, han dado sus instrucciones, que no pueden ser más terminantes ni aterradoras. Las compañías estarán más limpias que los chorros del oro; las perchas perfectamente colocadas, y en ellas todas las prendas en disposición de ser revistadas; los soldados sin la más pequeña falta, el capote limpio, el fusil corriente, las polainas, la funda blanca y la cogotera (la revista ha de ser en traje de marcha) como la nieve... ¡mucho cuidadito!

gastan el sargento y el cabo, y por los corcorones que recibe en la diaria revista de policía se imagina los que le tocarán en los preliminares del momento solemne.

El día antes, el cuartel parece un inferno. En las compañías se hace zafarrancho. Cruzan el patio á cada instante soldados en traje de mecánica, los unos á buscar agua, los otros arena, éstos conduciendo banquillos, aquéllos jergones...; se limpia cuidadosamente el almacén, los pasillos, el cuarto de banderas, el calabozo, los retretes, todas las dependencias, en suma. Y el ir y venir de unos y otros, mezclado al ruido de la limpieza y á las boces y gritos de los cabos que la dirigen, forman un murmullo ensordecedor y extraño, que tiene, no obstante, mucho de simpático. Aquel día no se ha tocado *marcha*, no ha habido paseo; todos los soldados están de limpieza, menos los destinos, esto es, los asistentes, ordenanzas y escribientes, aquellos *gachós* que están en el *tubo* y que son envidiados por sus compañeros de armas.

Al anochecer todo está listo... ¡Todo no! Los soldados piensan con horror en sus prendas, de las cuales no han podido ocuparse durante el día; las faltas más pequeñas se agrandan ante sus ojos, y recuerdan

consultar el libro de la compañía, y con él á la vista, se arregia todo, desvaneciendo dudas y deseos. El servicio de imaginaria queda nombrado. Los *agraciados* respiran satisfechos; todos les miran con envidia.

El cansancio les riñe por fin. Al toque de silencio todos se acuestan, y no tardan en dormirse, sin que les desvelen las horribles visiones en las cuales aparecen ellos como víctimas...

Los que están de imaginaria revisan sus prendas, luchando con el sueño que, á pesar de sus buenos deseos, se obstina en cerrar sus párpados. Cepillo en mano, y con el aliento á falta de betún, sacan brillo á las cartucheras y á las mochilas. En todas las compañías pasa lo mismo; y al ver á aquellos pobres muchachos trabajando afanosos á la luz del farolillo de aceite, el capitán de cuartel, que sube un momento á *dar una vuelta*, recuerda sus tiempos de soldado (es *patatero*) y los deja tranquilos.

El día solemne amanece por fin. Al toque de diana todos se levantan presurosos. ¡A limpiar! Y las prendas ocupan por completo las camas y los banquillos, protegidas por la mirada cariñosa de sus dueños. Al fin dan por terminados los preparativos. ¡No es posible hacer más! Muchos no han comi-

piensa en cosas agradables y en otras que no comprende... Las cosas agradables que acuden á su pensamiento están lejos, muy lejos... Su casita blanca como una paloma, donde la pobre vieja de su madre aguarda el regreso del militar; su novia, aquella Maruja que lloró tanto el día de la despedida, mientras le daba un pañuelo como recuerdo, y que ahora le escribe unas cartas muy largas llenas de lagrimones y de faltas de ortografía, cartas á las que él contesta con todo el cariño que quiere el cabo, su memorialista... Lo que no comprende es por qué le han separado de los suyos, llevándole entre tanta gente desconocida, y obligánle á aprender cosas difíciles y á guardar tantas prendas, que ha de reponer todas las semanas. Casualmente aquel día ha tenido que comprar un bombillo, sufriendo con paciencia un bofetón y varios regaños por la falta... ¿Por qué se le habrá ocurrido al general pasar revista?... ¡A él le cuesta bastantes disgustos! Regaños, bofetones, dos horas sin dormir, toda la mañana limpiando... y ahora, metido en la fila, agobiado el peso de tantas cosas como lleva encima, sudando la gota gorda... ¡Por vida del general!

De pronto palidece. La corneta ha dado un toque de alarma para todos. El excelentísimo señor Capitán general de Castilla la Nueva, comandante en jefe del primer cuerpo de ejército, seguido de sus ayudantes, acaba de entrar en el patio. Pero no es esto lo que ha hecho palidecer á Colás... Es... ¿lo diré?... Colás se ha comido dos tremendas raciones de bacalao y siente sus efectos... ¿Pero, ¿qué va á hacer? ¿Cómo separarse de la fila?... Y, sin embargo, él cree que esto sería lo más natural...

— ¡Dios mío, dame fuerzas! — piensa el pobre soldado, cuando precisamente debiera pensar lo contrario... Es lo mismo. La Providencia no escucha sus ruegos, y Colás, cada vez más pálido, tiene que apoyarse en el fusil para no caerse...

Al fin se decide.
— Cabo Blanco — dice con voz angustiada —, quisiera que me diera usted permiso para salir de la fila, porque... ¿sabe usted? ¡No puedo más!
— ¡Pero, hombre! — contesta el cabo —, ¿cómo quieres salir ahora que está el general?... Espérate.

— ¡No puedo!
El cabo se atreve á comunicar al sargento la noticia.

— ¡Ese bárbaro había de ser! — dice el sargento —. Pero comprendiendo lo apremiante del caso se decide á pedir permiso al teniente. El teniente, á su vez, al capitán... Si no fuera tan solemne el momento, él mismo le daría el permiso, pero no se atreve; ¿qué dirían si le ven salir de la fila! El comandante, y el teniente coronel son de la misma manera de pensar; el coronel pide el permiso necesario al general de brigada, éste al de la división, y la petición llega al comandante en jefe del primer cuerpo de ejército por conducto de uno de sus ayudantes. El comandante en jefe encuentra aquello muy natural. Un soldado que se ha puesto enfermo y que quiere salir de la fila... ¡Qué salga! ¡Y la orden vuelve de mayor á menor, según la Ordenanza dispone, para que no se quebraute la disciplina...

El pobre Colás ha visto todo aquello sin explicárselo. Después de un rato de atroces sufrimientos, quedó más tranquilo. Sus compañeros le miraron con asombro, sintiendo que por estar *firmitos* no les fuera posible hacer un ademán absolutamente necesario...

Porque cuando llegó la orden á Colás ya no hacía falta. ¡Había obrado la naturaleza!

Antonio Palomero.



Monumento á D. Antonio Cánovas del Castillo, próximo á inaugurarse en la Glorieta de Atocha, (Madrid.)

espantados los terribles artículos de la Ordenanza, de aquel libro que les hace temblar á la hora de la lectura... ¿Saldrán con bien?... Hay quien espera ser fusilado á la mañana siguiente.

A pesar del cansancio natural después de tantas horas de trabajo, ninguno tiene ganas de dormir. Al llegar la hora de la lista y numerarse el servicio, todos quieren estar aquella noche de imaginaria, pensando que las dos horas de vela pueden ser muy provechosas.

— ¡Rodríguez, uno! — grita con voz estentórea un muchacho coloradote, saliendo de la fila y saludando militarmente.

— ¡Sánchez, dos! — añade otro.
— ¡Sánchez la hizo ayer! — interrumpe un tercero. Y en seguida, reclamando sus derechos, añade:

— ¡Me toca á mí! — Fernández, dos!
El oficial de semana sonríe bondadosamente. Comprende lo que aquello significa. Precisamente el servicio de imaginaria es el más molesto y menos apetitoso de todos los servicios, ¡Estar en lo mejor del sueño y tener que levantarse para velar, durante dos horas, el sueño de los demás! Pues aquella noche todos quieren procurarse esta molestia. Uno se numera por adelantado, otro por *atrasado*, éste jura y perjura que lo menos en quince días no ha hecho tal servicio, aquél quiere cambiarlo, alguno lo compra; hasta hay quien se ofrece á pres-

do siquiera el rancho por no perder tiempo y en un momento que les queda libre van á la cantina. La cantinera, mujer práctica, ha guisado un bacalao á la vizcaína que despide un olor delicioso. Pronto el enorme caldero que lo contiene queda vacío; se ha ido sirviendo por raciones desde 10 céntimos en adelante...

La corneta anuncia que el momento se aproxima, y en un periquete, con inconcebible ligereza, todos los soldados están en sus puestos, vestidos y arreglados... Los sargentos pasan revista; los corcorones hacen su ruidosa aparición; algún que otro soldado tiene que salir de la fila á subsanar alguna falta; pero, á decir verdad, no son muchos ni muy notables... Van llegando los oficiales y los capitanes; por todas partes se oyen las voces de los cuarterteros que gritan: «¡Primera, el teniente!...» «¡Segunda, el capitán!...» «¡Cuarta, el capitán de cuartel!...» Y después que los comandantes y tenientes coroneles pasan revista á las compañías de sus batallones respectivos y el coronel á todo el regimiento, la corneta toca *marcha*, y todos los soldados limpios, correctos mandados por sus jefes, bajan al patio á los marciales acordes de la música...

II

¡Poblecillo Colás! Metido en la fila, con el ros materialmente encasquetado hasta las

CANTARES

Me estoy muriendo de pena porque adorando á una rubia, me enloquece una morena.

Trini, por venirte á ver no sé siquiera lo que hago ni lo que tengo que hacer.

Tan solamente por verte me paseo por tu acera,